

EN TEORÍA

# Una actitud permanente

por Antonio Basanta Reyes\*



*El libro infantil y juvenil carece en nuestro país de reconocimiento y choca aún, según el autor, con resistencias por parte de los estamentos oficiales, de los investigadores, de los medios de comunicación y de la crítica especializada. Este es el endeble escenario en el que se desenvuelve la animación a la lectura y en el que ha de propagar su energía y su posible potencial.*

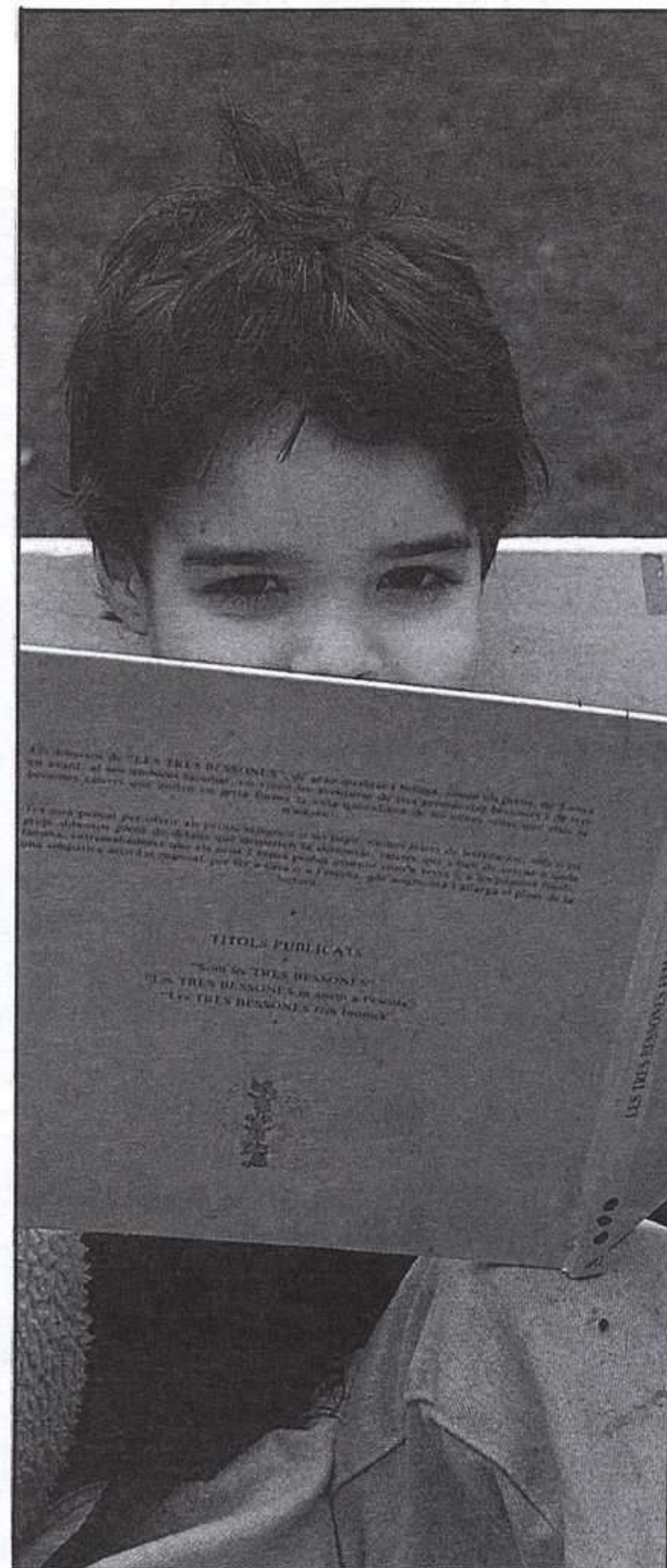
ANNA MIRALLES

**C**iertamente oportuna —ojalá que fructífera— me parece la invitación que CLIJ nos formula para compartir nuestras reflexiones en torno a la animación a la lectura. Son ya abundantes las voces que solicitan un análisis, una profunda revisión de todo lo que, hace ya algunos años, nació de una actitud comprometida y esperanzadora.

### Los orígenes

El fenómeno de la animación a la lectura surge en España, fundamentalmente, como consecuencia de los años setenta. Injusto sería ignorar la anterior y fértil labor de las Misiones Pedagógicas republicanas, los parciales pero interesantes programas que se desarrollan desde el Servicio Nacional de Lectura y más en concreto alrededor de los Lazarillos del Lector, o la tarea anónima, y por ello aún más meritoria, de aislados bibliotecarios y pedagogos que centraron en ella sus propuestas de renovación. Pero la animación a la lectura, propiamente dicha, adquiere carta de naturaleza entre nosotros cuando aún están vivos y llenos de contenido los planteamientos que originan la revolución estudiantil del mayo francés. Convergen para su creación y desarrollo factores de índole político, social, pedagógico e industrial.

En aquellos años, la dictadura franquista se va desgastando, debilitándose, haciéndose más vulnerable, aunque no menos cruenta. De este modo, la aspiración a nuevos sistemas de convivencia política en libertad se va extendiendo a colectivos que, aún en la clandestinidad, refuerzan su actitud de resistencia militante. De la misma forma, la escuela, objetivo nuclear del



ANNA MIRALLES.

proselitismo franquista, se hace eco de nuevos, aunque tímidos, planteamientos: la Ley General de Educación, que abre la década de los setenta, supone un cierto proceso de apertura y, en torno a ella, se suscita la reflexión de individualidades y colectivos que intentan desarrollar nuevas didácticas, basadas en el uso de múltiples materiales y que ponen en la extensión del libro y de la lectura uno de sus componentes definitorios.

Finalmente, la propia industria editorial española, apoyada en una cierta actitud oficial tolerante, entrevé en el fenómeno de la animación a la lectura un campo de desarrollo de sus propuestas empresariales. Todo ello contribuirá a la creación de una actitud, mezcla de militancia ideológica, de inquietudes pedagógicas y de necesidades sociales, que hemos venido a llamar animación a la lectura.

El libro infantil —al que muy recientemente se suma el adjetivo de juvenil— se hace eje de una serie de propuestas que en torno a él se dan cita. Frente a una lectura exclusivamente normativa y académica, se pro-

pugna la libre y placentera; más allá de los grandes autores consagrados y de la impenitente lectura de los clásicos se aboga por nuevos autores, en más de un caso totalmente desconocidos, que ven al niño no como un subproducto, y al libro infantil como un bien cultural con mayúsculas; frente a un análisis rigurosamente esclerotizado del texto, se defiende un acercamiento múltiple y creativo. En suma, frente a una sociedad aburrida y homogéneamente convergente, se pretende una sociedad abiertamente viva, imaginativa, desinhibida, decididamente divergente. Y este mensaje, sin duda alguna lleno de juventud y frescura, comienza a recorrer nuestro territorio de norte a sur, de este a oeste. Primero son tímidas muestras, acciones casi clandestinas, afanes que se desarrollan en el silencio y en la penumbra. Más tarde, coincidiendo con los primeros pasos de la España constitucional y democrática, el fenómeno se hace público y, gracias a la labor de auténticos profesionales no profesionalizados, el movimiento puebla nuestras plazas y alamedas y, como diría el poeta, «hace al sol compañero de viaje».

### El escenario actual

Como en todo proceso creativo, comunicativo, son éstos los momentos de máxima efusión. Pero, pronto, algunos rasgos comienzan a evidenciar sombras que se van espesando progresivamente. Cierto es que, en un primer desarrollo, son escasos los que, al menos desde el puro y formal intelectualismo, no se sumen a la acción; mas, al cabo, irán haciendo palpable lo endeble de su compromiso. Y estos síntomas se agudizan de modo evidente en los momentos actuales.

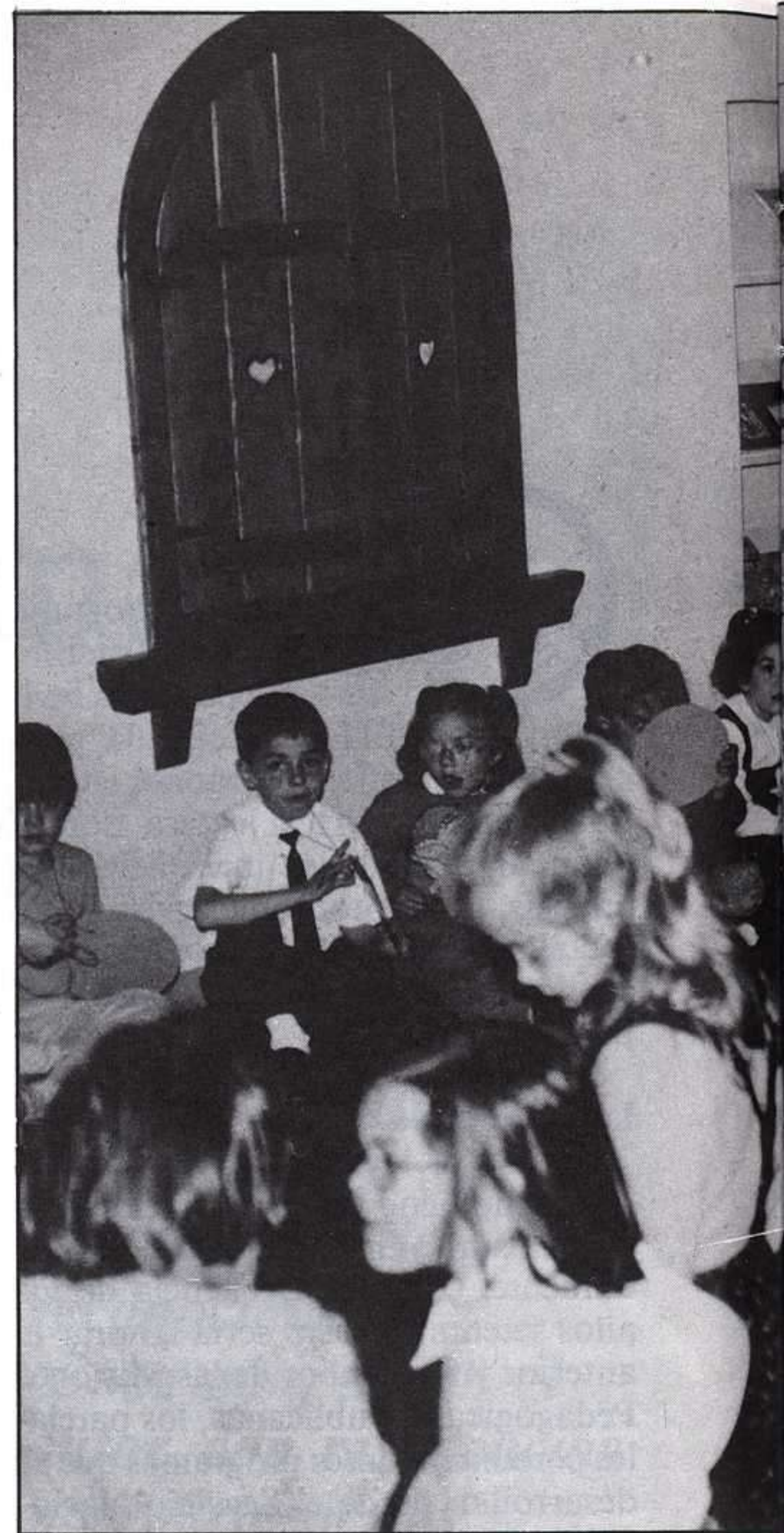
La industria editorial, que tan vivamente contribuyó a la expansión de la animación a la lectura, orienta fundamentalmente sus esfuerzos a la pura producción bibliográfica. Es consciente de que se ha creado una inquietud social y cultural y la trata de nutrir con una oferta cada día más abundante, pero también más mimética, menos renovadora, peligrosamente inconsistente; la escuela, que tan firme renovación anunciaba hace apenas quince años, ha entrado en una, ojalá que momentánea, vía muerta, tal vez desbordada por una sociedad que globalmente ignora su papel y que le obliga a desarrollos inadecuados. Así, el maestro creyente en el valor de la lectura por sí misma, independiente de sus aprovechamientos curriculares, vuelve hoy a ser una isla solitaria. El lector, ese joven lector en que muchos de nosotros depositamos tantas esperanzas, se va tornando más gregario —aunque paradójicamente más individualista—, más informado, aunque menos conocedor, más y más deudor de unos medios que le hacen prisionero de un consumo atroz, uniformador y alienante. Hasta la propia práctica de la lectura queda herida en el acoso. Porque parece que esta sociedad en la que comenzamos a estar instalados apenas deje tiempo para el reposo, para la pausa; apenas libera espacio para la duda; tal vez ha perdido, de manera irreparable, la necesaria heterodoxia. También leer se puede transformar en una actitud más de consumo. Finalmente, toda la energía interna de la animación a la lectura no ha sido suficiente para borrar las resistencias de una oficialidad que todavía duda en la necesaria construcción de equipamientos culturales; del mundo de la investigación, que aún recela de la auténtica entidad del libro infantil y juvenil; de los medios de comunicación, distantes de su promoción y extensión, en una actitud, por persistente, más dolorosa que la de hace años; de la crítica, todavía singularizada, dispersa y desigual.

Este es, a mi modo de ver, el escenario sobre el que la animación a la lectura se desenvuelve hoy. Sé que la exposición podría tildarse de pesimista, aún más, de reaccionaria, pero esta es mi opinión y la que humildemente mantengo. Porque sigo creyendo en la posibilidad de análisis que obvian las estadísticas, en valoraciones no positivistas de la realidad, en proyecciones personales, sólo válidas a fuer de individuales, comprometidas y sinceras. Y, ante tal panorama, justo será preguntarse: ¿cuál es el futuro, si es que alguno le queda, de la animación a la lectura? Y es curioso que, de entre la tiniebla, surja la luz de una respuesta que es una y múltiple al mismo tiempo. Tal vez, porque en la propia dificultad del desarrollo de la animación a la lectura estribe su verdadero valor.

### **La necesidad de animar a la lectura**

Hoy más que nunca, la animación a la lectura es necesaria en España. Hemos abandonado genéricamente las consecuencias de nuestro atávico analfabetismo, pero estamos abocados a una forma nueva y cruel de iletrismo: la de todos aquellos que, sabiendo leer, no practican la lectura o lo hacen de un modo parcial y sectario. Reivindiquemos una vez más la necesidad de una lectura que nos ponga permanentemente en diálogo con nosotros mismos y, como consecuencia de ello, con los demás. Leer es, por encima de todo, ampliar nuestros horizontes de comunicación, oportunísimo en una sociedad cuantitativa, que no cualitativamente, más comunicativa.

Leer es, a su vez, un proceso de discriminación, de selección. Eso que en los años sesenta se llamó lectura crítica es hoy algo profundamente vigente. Y tal actitud, la que hay que cultivar en el lector. Sólo así será éste capaz de transitar por una oferta pobladísima y confusa. Y esta actitud



debe llegar a todos y a todo. Abandonemos los miedos, los falsos pudores, los tics aún heredados de cuando al sector había que mimarlo entre algodones, y analicemos con justicia. Alabemos y difundamos los buenos libros, pero, a su vez, fustiguemos los malos, que existen y últimamente abundan. No hay auténtica selección si no somos capaces de ofrecer, sin falsas defensas, nuestras opiniones.

Pero una actitud de selección sólo es posible cuando suma subjetividad y objetividad. La subjetividad que emana de nuestro particular juicio, fruto de tantas y tantas experiencias personales; la objetividad que se apoya en el estudio y la lectura continua. Que el sector del libro infantil y juvenil es un área llena de vida lo prueban la multitud de estudios que, en torno a él, se publican diariamente en el mundo. Es necesario su conoci-



FUNDACIÓN GSR.

miento. Hay que luchar, después de revisarlos, contra los propios y ajenos lugares comunes. Hay que profundizar en el análisis. Y para ello hemos de demandar sistemas de información, centros de capacitación, modos de entrar en contacto con experiencias que posibiliten nuestro desarrollo.

Leer es una opción personal. Y una opción que sólo alcanza su verdadero valor cuando se toma en libertad. La libertad de quien asume la elección sin presiones; pero, también, la libertad de quien dispone de elementos para siquiera poder ejercerla. Es mucho lo que se ha realizado, pero aún insuficiente. La política de creación de bibliotecas sigue siendo raquítica y cicatera; insuficiente para un país con gigantescas carencias y en un tiempo que no dará lugar a la espera. Y no olvidemos que, en el genuino concepto de la biblioteca está la raíz de la

animación a la lectura. Allí es donde el lector será capaz de situarse, en igualdad de oportunidades, movido exclusivamente por su propio deseo, ante la gran oferta del libro y, lo que es aún más importante, ante la gran «oferta» del hombre. Conocerá libros que no le sean impuestos y conocerá personas que no pertenecen a su habitual, y también impuesto, núcleo de convivencia. Crear una sólida red de bibliotecas es asegurar la pervivencia de la lectura; ceder en su desarrollo, abandonar el libro a una suerte innegablemente perdedera.

Redescubrir el placer de la lectura como una forma de placer no consumista: he aquí un punto de necesario desarrollo. Porque no ignoramos que el placer es el *leitmotiv* fascinador de toda sociedad de consumo. Libros para pasar el rato, libros para matar el aburrimiento, libros para disfrutar

yo, sólo yo, nada más que yo; libros para elegir falsamente, para jugar a ser libres, para dejarnos engañar por la ficción de una fragilísima aventura interior. Libros, en fin, que hoy pueblan nuestros anaqueles y que son subproducto sutil de una cultura de masas, superficial y onanista. Ya sé que pueden ser tránsito, puente o enlace, pero que nunca se transformen en un fin. Que nuestros jóvenes lectores tengan la oportunidad de asomarse a algo más que a relatos insustanciales aunque epidérmicamente atractivos, a algo más que a peripecias armadas con indiscutible oficio, a algo más que a trasuntos de simples filmes televisivos. Que puedan seguir transitando por libros que generen inquietud personal, que abran nuestro interior a nuevas sensibilidades, que nos sitúen ante circunstancias que nos ayuden y obliguen a estar vivos. Libros que cuestionen nuestras seguridades, nuestras estructuras profundas, nuestros valores. Que ya lo decía Machado en su *Juan de Mairena*: «Las sociedades sólo progresan cuando cambian sus dioses». Libros, en fin, que algún día nos generen el interés de su relectura.

Tal vez así, o tal vez no, ¿quién sabe?, revitalizaremos el auténtico espíritu de la animación a la lectura desde perspectivas que nada tienen que ver con el desánimo o la nostalgia. Sólo así seremos capaces de discriminar la sustancia de la forma y, de este modo, la hora del cuento, los juegos verbales, las propuestas imaginativas y tantas y tantas otras, alcanzarán su sentido de estrategias y no de objetivos. Porque animar a leer es algo más que ayudar a leer: animar a leer es, en el fondo, una actitud permanente ante la vida. ■

\* Antonio Basanta Reyes es director del Centro Internacional del Libro Infantil y Juvenil de Salamanca.